



POR QUÉ ALENTAR LA GLOBALIZACIÓN Y DETENER A SUS ENEMIGOS

LA NUEVA OLA DE PROTECCIONISMO AMENAZA EL CRECIMIENTO MUNDIAL

EN PORTADA

LA GLOBALIZACIÓN
Y SUS ENEMIGOS
 POR JOSÉ LUIS
FEITO
ILUSTRACIÓN
RAÚL ARIAS

DECÍA ÓSCAR WILDE que George Bernard Shaw no tenía enemigos pero que sus amigos tampoco le querían. A diferencia del autor de *Pigmalión*, la globalización ciertamente tiene numerosos y vocingleros enemigos, que llenan las calles y las redes sociales expe- liendo soflamas añejas y vacuas, que inflaman las emociones de los ciudadanos fácilmente manipulables y hacen temblar el pulso de los políticos. En la mayoría de los casos, se trata de los sospechosos habituales que se ubican en los extremos del arco político: organizaciones, movimientos y partidos tanto marxistas o anticapitalistas como nacionalistas de extrema derecha. También están la mayoría de los cineastas, cantautores, pintores y demás representantes del mundo del arte y de la cultura. Su objetivo verdadero a batir es el capitalismo. Quieren echar tierra sobre las ruedas del comercio internacional y tumbar la globalización porque saben que si lo consiguen se tambaleará también el capitalismo.

No deja de ser tragicómico que sean sobre todo los nuevos- viejos políticos marxistas y las jóvenes generaciones que les siguen quienes se manifiestan más arduamente contra el capitalismo y la globalización, contra las grandes multinacionales y los tratados para avanzar en la liberalización del comercio, tocando a rebato a través de las redes sociales, de los emails y whatsapp y de los iPod y smartphones. Viven conectados continuamente e internet y Google, convertidos para ellos en una suerte de articulación añadida que ejercitan con fruición en sus teléfonos móviles, tablets, iPad u ordenadores portátiles. Algunos de sus líderes manifiestan con orgullo intelectual que dedican lo mejor de su ocio a series norteamericanas, descargadas o compradas en Amazon, como 'Juego de tronos' (que alguno de los susodichos líderes considera un regalo digno de reyes), 'Mad Men', 'House of Cards', y las que vayan saliendo. Visten con satisfacción estética camisas elaboradas en algún país del sudeste asiático, con algodón importado de la India, obtenido plantando semillas im-

portadas de Estados Unidos, con hilos de fibra artificial adquiridos en Portugal, cuellos comprados a Brasil y maquinaria para tejer y coser traídas desde Alemania. Calzan zapatillas deportivas que son igualmente un producto de la globalización de la producción, comen hamburguesas con componentes transgénicos, beben Coca-Cola y se medican con pastillas elaboradas por una u otra de las multinacionales farmacéuticas.

En todo esto coinciden con la inmensa mayoría de los ciudadanos pero, a diferencia de ellos, los antiglobalizadores quieren morder la mano que les da de comer. Con su vida cotidiana contradicen lo que preconizan en sus mensajes políticos y parecen desconocer que su nivel de bienestar, por bajo que sea, es posible gracias al comercio internacional y a la existencia y funcionamiento de las mayores multinacionales del mundo, a las que quieren fracturar y tanto dicen detestar. Si las políticas antiglobalización que hoy exigen se hubieran llevado a la práctica en los países desarrollados hace, digamos, 30 ó 40 años, la mayoría de los bienes y servicios que hoy consumen masivamente no estarían a su disposición o, en todo caso, serían mucho más costosos, porque tendrían el recargo de pesadas barreras arancelarias y de otro tipo. Por esto y por otras razones que expondré más adelante, el nivel de vida de esas generaciones jóvenes sería de los que más se sentiría con la reversión de la globalización.

Más dañinas para la globalización que los radicales e infantiles ataques de sus enemigos jurados son las aparentemente inocuas y bienintencionadas propuestas de quienes se dicen sus amigos, para "civilizarla", ralentizarla e incluso frenarla, aduciendo que sólo así puede ser preservada. Se trata habitualmente de economistas e intelectuales que, como le sucedía a los amigos de Bernard Shaw, realmente no quieren ni la globalización ni el capitalismo pero los aceptan como un mal menor porque saben las consecuencias de las alternativas. Las saben pero, me apresuro a añadir, de una manera un tanto fugitiva. La punta de lanza de la globalización y la fuente principal de las críticas y el descontento de sus enemigos y de sus *falsos amigos* es la intensifica-

ción del comercio internacional de bienes y servicios. Esto es así, entre otras cosas, porque el comercio internacional, al tiempo que satisface mutuamente las necesidades y deseos de las empresas o consumidores de cada país participantes en el mismo, hace virtualmente móviles los factores de producción que, como es el caso del trabajo o la tierra, tienen una limitada o nula capacidad de desplazarse internacionalmente. Con ello, nos dicen los *falsos amigos*, se deterioran las condiciones de vida de amplias capas sociales de los países desarrollados. Los *falsos amigos* y algunos de sus enemigos más ilustrados visualizan el comercio internacional a través de un modelo que se puede resumir como sigue.

EL MODELO. Consideremos el comercio internacional en un mundo compuesto de dos países con desiguales dotaciones relativas de trabajo poco cualificado, por un lado, y de capital y trabajo de alta cualificación por otro. Denominemos al que tiene una mayor dotación relativa de estos últimos factores país rico y al que la tiene de trabajo poco cualificado país pobre. El país rico importará bienes y servicios relativamente intensivos en trabajo de baja cualificación y el país pobre bienes y servicios relativamente intensivos en capital y trabajo de alta cualificación. Los efectos del comercio internacional de bienes y servicios sobre estos dos países serían equivalentes a los que se producirían si una parte de los trabajadores poco cualificados del país pobre se desplazaran al país rico y una parte del capital y trabajadores altamente cualificados del país rico se desplazaran al país pobre. En el país rico, consecuentemente, las importaciones procedentes de los países pobres tenderían a presionar a la baja las remuneraciones de los trabajadores menos cualificados y, las exportaciones de esos países, al alza las de los más cualificados y las de los perceptores de rentas de capital, aumentando con ello la desigualdad de rentas en dicho país y reduciéndola en el mundo compuesto por esos dos países.

Un esquema simple de este tipo, que como veremos más adelante contiene una pequeña parte de verdad pero no toda la verdad, constituye la base analítica con la que culpan al comercio internacional y



IRÓNICAMENTE, LOS CHICOS COMO PABLO IGLESIAS, QUE VENERAN SERIES COMO *JUEGO DE TRONOS* Y CONSUMEN TODO TIPO DE BIENES Y SERVICIOS PRODUCTO DE LA GLOBALIZACIÓN, SON SUS MÁS ACÉRRIMOS ENEMIGOS

a la globalización del aumento de la desigualdad y del estancamiento relativo o caída de los salarios de los trabajadores de baja y media cualificación en los países desarrollados. Este tipo de análisis sostiene en especial las propuestas de los *falsos amigos* para, de una parte revertir o contener el avance de la globalización y, de otra, recomendar medidas que aseguren que los “ganadores” de la globalización, supuestamente los trabajadores de alta cualificación y los perceptores de rentas del capital de los países desarrollados, compensen a los “perdedores” de la misma, supuestamente los trabajadores de rentas más bajas e incluso de rentas medianas. Estas medidas consisten esencialmente en subidas de impuestos a los individuos y empresas receptoras de mayores rentas y en la concesión de subsidios de un tipo u otro a los trabajadores de menor cualificación.

LIMITACIONES. Antes de señalar las limitaciones y deficiencias de estos razonamientos, es conveniente imaginar por un momento que el mundo funcionara como

se describe en este modelo a fin de examinar la coherencia interna de las propuestas políticas de los *falsos amigos*. Nótese, ante todo, que los corolarios resultantes de dicho modelo hablan de un deterioro relativo de las rentas de los trabajadores de baja o mediana cualificación frente a las rentas de los trabajadores de alta cualificación y las rentas del capital en el país avanzado, pero no necesariamente de una caída de sus rentas reales. Este modelo predice, como prácticamente cualquier otro —y la evidencia empírica lo corrobora contundentemente—, que la renta total de ambos países aumentaría con el comercio internacional. En principio, nada excluye en el modelo que aumenten las rentas reales de la mayoría de los trabajadores menos cualificados del país rico, aunque lo hagan en menor medida que las de los más cualificados, limitando con ello la pérdida de salarios y de empleo de dicho colectivo. Este aumento podría proceder de la absorción de trabajadores poco cualificados, que han perdido su empleo o re-

ducido su remuneración al encogerse el sector relativamente intensivo en este factor, por el sector relativamente intensivo en capital y trabajo más cualificado que se está expandiendo. O bien, podría suceder si las ganancias de los privilegiados superan las pérdidas de los desfavorecidos, de manera que habría un aumento de la renta nacional que generaría una mayor demanda nacional de los bienes producidos por los trabajadores poco cualificados. Este aumento de renta, además, elevaría los ingresos fiscales haciendo posible suavizar la caída de las rentas de los “perdedores”. El aumento de sus rentas también podría resultar del avance del poder de compra de los salarios monetarios alentado por las importaciones de bienes de consumo del país menos desarrollado. Un aumento que podría ser ▶

EN PORTADA

LA GLOBALIZACIÓN Y SUS ENEMIGOS

mayor para los trabajadores de rentas medianas y bajas si, como es el caso, su cesta de consumo fuera relativamente más intensiva en las importaciones del país menos desarrollado que las de los "ganadores" del comercio internacional. Dicho esto, es innegable que la intensificación del comercio internacional, aunque sea beneficiosa para el conjunto de la sociedad, puede dejar sin empleo o con menos renta a grupos de trabajadores al tiempo que aumenta las ganancias de otros. Lo mismo ocurre, por cierto, con los perceptores de rentas del capital: perderían quienes lo tienen invertido en los sectores que se contraen por las importaciones de los países menos desarrollados y ganarían quienes lo tienen invertido en los sectores que se expandirían por la creciente demanda de sus productos por parte de esos países. Luego veremos que la pérdida de puestos de trabajo y que la disminución de los salarios de algunos grupos de trabajadores ocasionadas por el comercio internacional acontecería igualmente aunque no se liberalizara el comercio, si bien lo haría más lentamente. En todo caso, al menos a corto plazo, habría ganadores y perdedores, en la terminología simple de los *falsos amigos*. En realidad, las categorías de ganadores y perdedores no cobijan dos conjuntos que contienen permanentemente los mismos trabajadores y empresas: todos, trabajadores y empresas, pueden tener retrocesos y avances de su nivel de renta en el transcurso de un proceso dilatado de liberalización del comercio internacional. Pero si los conjuntos de personas y empresas dentro de una u otra categoría son cambiantes, tanto en su tamaño como en su composición, las categorías son permanentes. ¿Qué se ha de hacer ante esta situación, según los *falsos amigos*?

LAS BARRERAS. En primer lugar, como se ha dicho antes, penalizar la categoría de ganadores y proteger a los perdedores mediante la paralización e incluso la contracción del comercio internacional. Esto se conseguiría estableciendo barreras de un tipo u otro a las importaciones de los países menos desarrollados, ignorando que dicha política tendría serios efectos contractivos directos que se multiplica-



rían por la recíproca actuación de esos países menos ricos frente a las exportaciones de los países más desarrollados. Solo con una política proteccionista de este tipo se podría penalizar a los ganadores del comercio internacional residentes en el país menos desarrollado, al tiempo que dentro del país desarrollado se restauraría supuestamente la distribución más igualitaria de la renta antecedente a la intensificación del comercio internacional. Nótese que ante la irrefutable evidencia de la contribución positiva del comercio internacional al crecimiento económico, esta política sería equivalente a imponer la visión socialista del fenómeno económico: mejor tener pobreza equitativamente compartida que riqueza desigualmente distribuida. En segundo lugar, en la medida que el comercio internacional siga avanzando o no se contenga lo suficiente, los *falsos amigos* proponen proteger a los que transitoria o permanentemente estén ubicados en la categoría de

los perdedores y pagar estas transferencias extrayendo rentas de los ganadores transitorios o permanentes subiéndoles los impuestos.

En cuanto a la primera medida, se ha de señalar que ya se viene aplicando desde, al menos, el año 2012. En efecto, como señala un informe reciente del Fondo Monetario Internacional, el comercio internacional de bienes en estos últimos años está creciendo a un promedio anual del 3%, menos de la mitad que en las tres décadas anteriores. Esto supone que el comercio internacional de bienes está creciendo a un ritmo similar o ligeramente inferior al PIB mundial, mientras que entre 1985 y 2007 el comercio crecía dos veces por encima. Habría que remontarse a 50 años atrás para encontrar ratios similares de crecimiento relativo del comercio y del PIB mundial. Dicho informe considera que esta pérdida de dinamismo del comercio internacional es una de las causas de la desaceleración de la produc-



**ES TRAGICÓMICO QUE ADEMÁS
DE LOS NUEVOS-VIEJOS POLÍTICOS
MARXISTAS, SEAN LAS JÓVENES
GENERACIONES LAS QUE CON MÁS
ARDOR PROTESTAN CONTRA
EL SISTEMA CAPITALISTA**

tividad y del crecimiento económico real y potencial de las economías avanzadas, y también de otras muchas menos desarrolladas.

También es redundante con la realidad de los últimos 35 ó 45 años la recomendación de los *falsos amigos* sobre las políticas de impuestos y gastos públicos de los países desarrollados. A comienzos de la década de los 70 del pasado siglo el total de ingresos públicos en porcentaje del PIB de los países de la OCDE, los países ricos, alcanzaba en promedio el 26,7% y hoy supone el 33,5% del PIB. El gasto público total en porcentaje del PIB de estos países ha seguido una evolución similar, si bien ha

tendido a situarse por encima del ratio correspondiente de ingresos públicos, con el consiguiente aumento de la deuda pública de estos países en proporción al tamaño de sus economías. Este notable ascenso de los ingresos públicos y de la deuda pública ha hecho posible el extraordinario aumento del gasto público en general —y del gasto público social en particular— de la mayoría de los países de la OCDE en los últimos 25 años. Así, por centrarnos en la aceleración de la globalización desde los años 80 del pasado siglo, el gasto público social (salud, pensiones, educación, ayudas familiares, desempleo) promedio de los países de la OCDE ha subido desde el 15,4% del PIB en 1980 al 21,6% en 2014, pasando de representar el 25% del total del gasto público no financiero en 1980 a más del 50% en la actualidad. El sistema fiscal, además, es fuertemente progresivo en la totalidad de los países de la OCDE, habiéndose ampliado el mínimo de renta exenta de tributación y existiendo tipos impositivos crecientes con el nivel de renta en todos los países. Esto significa que los “ganadores”, los que como consecuencia del comercio internacional o de cualquier otra causa, ganan más pagan cada vez una proporción de su renta mayor en impuestos, y los que pierden o ganan menos pagan una proporción cada vez menor de impuestos. Además, los que menos ganan se benefician proporcionalmente más del gasto público porque son los principales consumidores del gasto social, teniendo la garantía de cobertura sanitaria, educativa, de desempleo y de jubilación en todos los países avanzados.

LOS IMPUESTOS. En otras palabras, lo que piden los *falsos amigos* de la globalización en el ámbito de la política fiscal ya se hace, y ha sido posible gracias a la globalización, que ha impulsado el crecimiento económico y los ingresos públicos lo suficiente para sostener esas pesadas estructuras de gastos públicos. Ralentizar y, no digamos ya, contener el comercio internacional y la globalización o subir aún más los impuestos a los ciudadanos y empresas más dinámicas, como desgraciada-

mente viene sucediendo en estos últimos años, hará imposible mantener los ingresos públicos y cumplir las promesas de gasto social. Quizá con la persistencia e intensificación de estas políticas las sociedades terminen siendo menos desiguales pero serán más pobres, y los perceptores de rentas bajas y medianas lo pasarán peor aunque su renta este más cercana a las de los que más ganan. Así pues, las recetas de los *falsos amigos* envenenan y debilitan el organismo económico —aun suponiendo que el modelo que subyace a sus análisis explicara bien el mundo real y la desigualdad y las caídas de renta de algunos grupos de ciudadanos fueran causadas por el comercio internacional—.

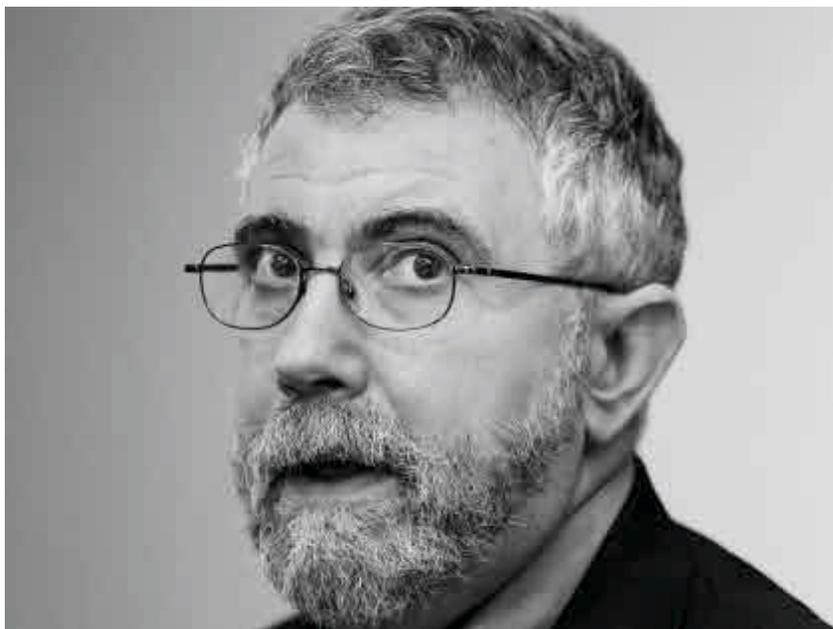
La realidad, sin embargo, difiere sustancialmente de lo sugerido por esos modelos simples, de manera que cuando se corrigen o completan las piezas del modelo la visión mercantilista de los *falsos amigos* queda aún peor parada. El aumento de la desigualdad de renta en los países desarrollados durante la última oleada de globalización, entre 1980 y el comienzo de la gran recesión en 2007, no es imputable a la intensificación del comercio internacional acontecida durante esos años.

El gráfico siguiente visualiza la relación actual entre un indicador del grado de apertura del país al comercio internacional (exportaciones/PIB) y otro del grado de desigualdad (coeficiente de Gini). La correlación negativa que muestra el gráfico entre intensidad del comercio internacional y desigualdad de la renta no se altera prácticamente si se utilizan otros indicadores de lo primero (por ejemplo, importaciones/PIB o suma de importaciones y exportaciones en % de PIB) o de lo segundo (por ejemplo, el % de la renta total ganado por el quintil más rico y el más pobre). En los últimos 30 años la desigualdad de rentas ha aumentado en casi todos los países contemplados en el gráfico y también lo ha hecho su grado de internacionalización, así como su nivel de renta. El gráfico 1 muestra que la desigualdad ha aumentado menos o se ha mantenido en los países que han permanecido o se han hecho más abiertos al comercio internacional. Esto sugiere que existen otras fuerzas detrás del aumento de la desigualdad y que el



EN PORTADA

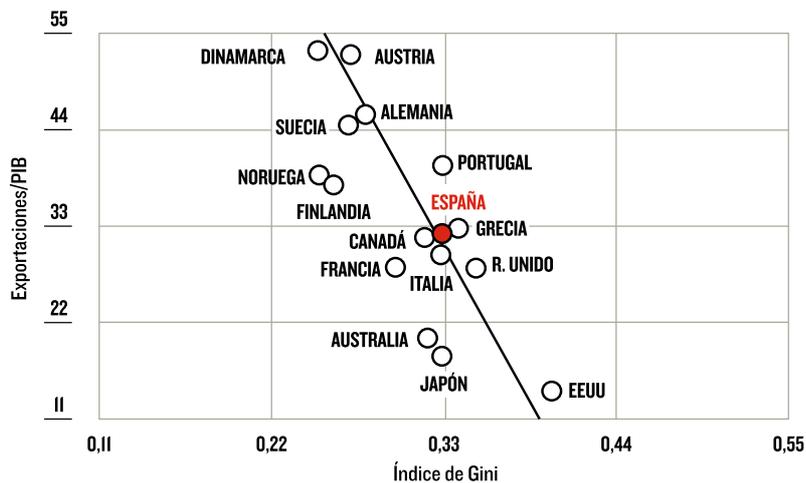
LA GLOBALIZACIÓN Y SUS ENEMIGOS



**PARA EL NOBEL KRUGMAN,
LA DESIGUALDAD ES EL PROBLEMA
MÁS IMPORTANTE DEL PLANETA.
PERO ESTÁ EQUIVOCADO PORQUE
NI HA AUMENTADO TANTO NI TIENE
LOS EFECTOS CORROSIVOS
QUE DENUNCIA**

EL RETRATO DE LA DESIGUALDAD

Relación entre el índice de Gini y el porcentaje de exportaciones/PIB en los principales países de la OCDE.



Fuente: OCDE Statistics. NOTA: La ratio Exportaciones/PIB recoge datos de 2014 y el índice de Gini de 2012 ó 2013, según disponibilidad.

comercio internacional tiene, en el peor de los casos, un impacto muy limitado sobre la misma (véanse también los estudios citados en la nota 4).

DISCREPANCIA. La discrepancia entre los datos que conforman la realidad y lo predicho por los modelos simples de los

falsos amigos obedece a varios aspectos de la naturaleza del comercio internacional que no están recogidos en sus modelos. Para empezar, todos los países tienen un sector de bienes y servicios no comerciables, cuya suerte está esencialmente vinculada al ciclo económico y es básicamente independiente del creci-

miento del comercio internacional. Así, por ejemplo, en España el aumento de la desigualdad desde el estallido de la crisis en 2007 ha obedecido, en su práctica totalidad, al derrumbe del sector de la construcción y la brutal pérdida de empleo que llevó aparejado. En segundo lugar, los países desarrollados comercian entre sí mucho más que con los países en vías de desarrollo. Más del 60% de la suma de sus exportaciones e importaciones tienen por origen o destino los mismos países desarrollados, y el grueso de los intercambios de bienes finales consiste en comercio intraindustrial de bienes o servicios con diferentes características. Es decir, los países desarrollados intercambian entre sí coches, motos, calzado y textil, muebles, electrodomésticos, etcétera, que se producen en la mayoría de los países y que difieren entre sí por unas u otras características pero en muy pequeña medida por la dotación relativa de los factores de producción considerada en los modelos simples. En tercer lugar, más de las dos terceras partes del comercio internacional consiste en comercio de bienes intermedios, no de bienes o servicios fi-

nales de consumo como suponía el modelo antedicho. Esto es una consecuencia de la globalización de la producción, de forma que el país que exporta un determinado bien final frecuentemente elabora solo el último estadio de una cadena de producción que se extiende por buena parte de la geografía mundial. Esta globalización de la producción, con la consecuente intensificación de los flujos de inversión directa, tampoco tiene por qué generar desigualdades significativas, al menos en los países avanzados de comparativamente menor renta. Por ejemplo, empresas españolas pueden externalizar una parte de su producción a Marruecos o cualquier otro país menos desarrollado, pero empresas alemanas o francesas pueden externalizar una parte de su producción a España. Finalmente, está el fenómeno de la heterogeneidad de las empresas en un mismo sector, con dotaciones relativas de factores similares pero que obtienen beneficios y pagan remuneraciones mayores cuanto más orientada esté la empresa a los mercados exteriores. En estos casos no se puede hablar tanto de pérdidas de trabajo o caída de salarios inducidas por el comercio internacional como de aumentos salariales mayores en unas empresas que en otras. Estas diferencias, en todo caso, no deberían ser muy acusadas en los países desarrollados y tenderían a reducirse en ausencia de barreras internas al crecimiento del tamaño de las empresas o a la movilidad de los trabajadores entre empresas y regiones del país.

Si el comercio internacional y la globalización de la producción no es una causa significativa de la ampliación de las diferencias de renta dentro de los países desarrollados en los últimos 20 ó 30 años, entonces ¿a qué se debe el incremento de dichas diferencias? La respuesta de todos los estudios es unánime: a la tecnología (véanse los estudios citados en la nota 4). En algún país, España entre ellos, la inmigración de trabajadores poco cualificados hasta alcanzar una proporción significativa de la población activa ha tenido una incidencia apreciable sobre la desigualdad de rentas. Pero en el universo de la OCDE estos casos no son muy

numerosos. El aumento de las diferencias del nivel educativo entre los trabajadores más y menos cualificados es también una fuente significativa del aumento de la desigualdad entre el quintil que más gana y el resto. Estas diferencias educativas se traducen en diferencias de rentas, en buena medida por la naturaleza del avance tecnológico, que es relativamente ahorrador de trabajo poco o medio cualificado e intensivo en trabajo altamente cualificado. Este tipo de avance tecnológico es la fuerza primordial que fomenta la desigualdad de rentas en los países desarrollados (también en los menos desarrollados).

EL CAMBIO TECNOLÓGICO. El cambio tecnológico es indudablemente alentado y difundido por la globalización, ya que con ella se amplían los mercados y, por ende, los beneficios potenciales de la innovación. El ritmo de cambio tecnológico quizá se pueda ralentizar algo si se frena la globalización, lo cual sería desastroso para el avance de la humanidad, pero no se puede detener. Por eso, el progreso económico, hoy como siempre, exige aprender a convivir con los ajustes de empleo y de producción que la tecnología puede ocasionar en algunos segmentos de la sociedad. El comercio internacional, aunque sus efectos netos totales sobre la desigualdad de rentas sean muy reducidos (en el peor de los casos), dependiendo de las instituciones laborales y educativas de cada país, puede reforzar el impacto negativo del avance tecnológico sobre algunas empresas y ocupaciones. Pero incluso en estos casos, la intensificación del comercio internacional es positiva, al menos, por dos razones. Primera, porque las empresas, empleos o profesiones negativamente afectados por la mayor apertura al exterior sufrirían antes o después la caída de su demanda por el cambio tecnológico, que habitualmente opera sus efectos negativos sobre los mismos grupos en los que incide el comercio internacional. Pero la liberalización del comercio expande los sectores más dinámicos del país y permite absorber en mayor medida y más rápidamente los recursos laborales y de otro tipo expulsados por el avance tecnológico y el propio comercio internacional. Segundo, porque el aumento de

renta provocado por el comercio internacional genera un aumento de los ingresos públicos que se puede destinar a mitigar los costes de los ajustes de los sectores más afectados.

En resumen, la política adecuada frente al comercio internacional y la globalización no es frenarlos o ralentizarlos sino fomentarlos, explicando bien a los ciudadanos los beneficios que les reporta, especialmente a los de rentas medianas y bajas. Ciertamente, esto no es fácilmente comprensible ni mucho menos aceptable para un grupo de ciudadanos que con globalización o sin ella tienen un elevado riesgo de perder su puesto de trabajo. Pero con más globalización tienen más posibilidades de encontrar otro y, entre tanto, de ser formados y compensados para suavizar su pérdida de renta. Como decía el mejor Unamuno, el de su etapa liberal, "las heridas que la libertad crea solo se curan con más libertad". Es igualmente necesario mejorar la educación general y la formación profesional a fin de asegurar que las cualidades laborales se adaptan lo mejor posible a la demanda de cualificaciones de la sociedad. Asimismo, las instituciones del mercado de trabajo deben eliminar los incentivos a que el empleo sea el principal mecanismo de ajuste ante caídas de la demanda y se han de instrumentar políticas activas encaminadas a mejorar la empleabilidad de los parados. Estas son las terapias más eficaces para hacer más digerible políticamente la globalización y no poner en riesgo el progreso económico. Los *falsos amigos* advierten de los riesgos de contestación social y de llegada al poder de los enemigos abiertos de la globalización y de la democracia si no se altera el curso de los acontecimientos. Pero olvidan que un riesgo aun mayor, la autopista por la que los populismos de un tipo u otro han alcanzado el poder en las sociedades desarrolladas, es la recesión y el estancamiento económico. Las propuestas para evitar el primer riesgo, que como hemos visto se vienen aplicando en estos últimos años, terminarán materializando el segundo.

PERSPECTIVA HISTÓRICA. Para entender cabalmente el significado de la globalización y las consecuencias de fre-



EN PORTADA

**LA GLOBALIZACIÓN
Y SUS ENEMIGOS**

narla o revertirla es conveniente poner el fenómeno en una perspectiva histórica más amplia. La globalización, el comercio entre seres humanos de los frutos de su trabajo, es un fenómeno que se cristaliza hace más de 10.000 años. Un periodo muy breve comparado con los 600.000, 700.000 o quizá un millón de años anteriores en los que se fraguó la dotación genética que hoy caracteriza nuestra especie. A lo largo de ese periodo tan dilatado el ser humano pasó de vivir en manadas de carroñeros a vivir en bandas o tribus de cazadores-recolectores. En el proceso, los grupos humanos fueron haciéndose más amplios por la cooperación y la división del trabajo entre manadas o bandas cercanas geográficamente que terminarían integrándose. El salto decisivo que propició la cultura sedentaria de los asentamientos del neolítico, y el ulterior crecimiento de sus poblaciones, fue el comercio entre seres humanos que se consideraban mutuamente extranjeros y rivales en la lucha por la supervivencia.

La evolución de la especie humana ha estado dominada por la tensión entre los instintos heredados biológicamente y codificados genéticamente durante varios cientos de miles o quizá millones de años y los impulsos procedentes del legado cultural acumulado en los últimos 10.000 ó 15.000 años. Una herencia ésta no transmitida genéticamente sino aprehendida por la razón y transmitida mediante las tradiciones, la imitación y su codificación en las leyes y mandamientos de las primeras religiones. La genética determina el instinto de los humanos de aislarse frente a "los extranjeros", de invadirlos y de apropiarse de sus bienes matándolos o esclavizándolos, de dividir los bienes disponibles a partes iguales entre los miembros del grupo. La herencia cultural explica el desarrollo del comercio o la globalización y la aparición de las instituciones que lo hacen posible, como la propiedad privada y el freno del instinto igualitarista, el dinero y el respeto a los contratos. Precisamente porque el comercio en-



**LO QUE FOMENTA LA DESIGUALDAD
ES EL CAMBIO TECNOLÓGICO,
PERO ESTE NO SE PUEDE DETENER
SO PENA DE CONSECUENCIAS
DESASTROSAS PARA EL PROGRESO
DEL CONJUNTO DE LA HUMANIDAD**

traña refrenar instintos básicos del ser humano contrarios al mismo y, sin embargo, resulta altamente beneficioso para las comunidades humanas, las normas de conducta que conforman la herencia cultural se basan esencialmente en prohibiciones para frenar la materialización de esos instintos. El crecimiento y propagación del comercio internacional apoyado en leyes y normas de conducta que castigan la violación de contratos y la apropiación de la propiedad ajena no frena el instinto del ser humano de levantar la mano contra el miembro ajeno a la tribu, pero le inoculan el pensamiento de que un extranjero pueda ser nuestro cliente o nuestro proveedor, y con ello se dobla el instinto y se afloja la mano. Es esta herencia cultural, luchando continuamente con la fuerza de los instintos y tropezando en guerras, matanzas y violencias de todo tipo, la que ha construido la civilización haciendo posible que la población humana pase del millón de personas que la constituían en el neolítico a los más de 7.000 millones que viven hoy. Y es la última oleada de la globalización, desde comienzos de los años 80 hasta el comienzo de la gran recesión, la que ha

conseguido que hoy mueran en el mundo menos personas de hambre que de exceso de comida, menos de natalidad infantil que de viejos, y que mueran menos personas por muertes violentas de cualquier tipo que por suicidios.

La globalización y las instituciones capitalistas que las sustentan son las fuerzas que han hecho posible la civilización y el tamaño actual de la población humana. Por eso hablar de capitalismo civilizador o globalización civilizadora, como hacen los *falsos amigos*, es un pleonasma. Una redundancia que esconde ignorancia o aviesas intenciones anticapitalistas y que, como sucedió con los ideales comunistas, solo puede hacer daño a las sociedades que se dejen tentar por sus aparentemente bienintencionados y angélicos cantos. □

José Luis Feito es presidente del Instituto de Estudios Económicos.

NOTAS

1. Sobre la confección de las camisas, véase, Paul Seabright, *In the Company of Strangers*. Princeton University Press, 2004.
2. Véase, P.D. Fajgelbaum y A.K. Khadelwal. "Measuring the Unequal Gains from trade", *Quarterly Journal of Economics*, 2016.
3. Véase IMF, *World Economic Outlook*, capítulo 2. Octubre de 2016.
4. Véanse *Causes and Consequences of Income Inequality*, IMF, 2015, y especialmente Jaumotte, Lall y Papageorgiou, "Rising Income Inequality: Technology or Trade and Financial Globalization?", IMF Working Paper, 2013. Según estos autores el comercio internacional podría incluso reducir ligeramente la desigualdad en la mayoría de países avanzados.